

**CONSEJO
EPISCOPAL
LATINOAMERICANO**

**BOLETIN
INFORMATIVO**

NUMERO 76

AGOSTO

— MCMLXIV —

**ORGANO DEL SECRETARIADO GENERAL
BOGOTA - Apartado Aéreo, 5278 - COLOMBIA**

INDICE

DE SU SANTIDAD PAULO VI

Carta de su Santidad Paulo VI al Eminentísimo Cardenal Antonio Caggiano, de Buenos Aires y a los demás Arzobispos y Obispos de la República Argentina, con ocasión del Congreso de todas las asociaciones de Acción Católica en aquella nación	260
--	-----

CRONICA DEL CELAM	267
-------------------------	-----

Jornada de Pastoral Rural (de MIJARC)	270
---	-----

Movimiento por un Mundo Mejor	272
-------------------------------------	-----

Oficina Internacional Católica de la Infancia	274
---	-----

FEDERACION MUNDIAL DE JUVENTUDES FEMENINAS CATOLICAS

Informe del Secretariado para América Latina	276
--	-----

Estado presente del problema de la Unidad Cristiana	279
---	-----

LIBROS	287
--------------	-----

Nihil Obstat
Iulianus Mendoza Guerrero
Imprimatur
Ernestus Solano, Vic. Gen.
Bogotae, 10 Aug. 1964

Dirección y Redacción: P. Gustavo Amigó Jansen, S. J.

Administración: P. Alfonso Schmidt

Carrera 10 N° 19-64, 4º piso. Bogotá, Colombia.

Valor de una suscripción anual (10 números):

Para el exterior: vía aérea: \$ 6.00 US.

vía marítima: \$ 4.00 US.

Para Colombia: \$ 25.00 m/c.

DE SU SANTIDAD PAULO VI:

Carta de Su Santidad Paulo VI al Eminentísimo Cardenal Antonio Caggiano, de Buenos Aires y a los demás Arzobispos y Obispos de la República Argentina, con ocasión del Congreso de todas las asociaciones de Acción Católica en aquella nación.

Hemos sabido con vivo interés y satisfacción que próximamente tendrá lugar en Argentina la Asamblea Nacional de todas las Asociaciones de Acción Católica. Y tenemos motivo para esperar que esta solemne revista de tantas fuerzas católicas organizadas infundirá en los ánimos nuevas energías, y despertará nuevos propósitos de acción hacia nuevas y más altas metas.

Por esto deseamos haceros llegar a vosotros y a los fieles, que son vuestros colaboradores en el apostolado, junto con Nuestra Bendición, una palabra de felicitación y de aplauso por cuanto ya se ha hecho hasta el presente, y de aliento para lo que queda por hacer en orden a un mejor porvenir de este vuestro noble País, a Nós tan querido.

Bien sabéis que es empresa de la Iglesia entera la de continuar y desarrollar la misión de salvación de todos los hombres que Cristo le confiara. Tal cometido no solo es competencia de la jerarquía, sino que también a los seglares, en virtud de su inserción en el Cuerpo Místico de Cristo y por participar de su misma misión y de su sacerdocio real, compete el deber, el derecho y el honor —que los sacramentos del bautismo y de la confirmación confieren y proclaman— de ejercitar, en el modo que a ellos es peculiar, el apostolado de la Iglesia.

Gracias a Dios, el sentido de la Iglesia se va haciendo cada vez más vivo y profundo en el seno de la comunidad Cristiana: y es el laico mismo el que se ha despertado a su vocación eclesial y no se resigna a ser instrumento solamente pasivo e insensible sino que pide con entusiasmo el poder hacer algo por el crecimiento y edificación de la Iglesia. Si en tiempos pasados la Jerarquía podía asumir casi completamente la responsabilidad y el ejercicio de todo el ministerio de la evangelización y de la santificación, hoy día, es la Jerarquía misma la que invita, la que urge al seglar a tomar conciencia de su responsabilidad ante el desarrollo portentoso del progreso técnico abocado al materialismo, ante la exigencia misionera de masas de alejados de la vida cristiana de la parroquia e impenetrables a la acción sacerdotal. Por esto precisamente Nós no hemos dudado en afirmar que es ésta la hora de los seglares.

En nuestra historia religiosa ha llegado a ser ya una enseñanza ordinaria la que se refiere a la naturaleza y problemática del apostolado de los laicos; apostolado que se desarrolla en diversas formas y con diversos instrumentos, e igualmente con diversos, aunque siempre preciosos, resultados. Una reciente y amplia experiencia enseña, con el lenguaje de los hechos, que la Acción Católica, tal como vive y obra en vuestro

país y en muchos otros, es como el camino real para el laicado que se pone al servicio de la Iglesia con el objeto de **"llevar todas las cosas a Cristo"**.

En más de una ocasión hemos manifestado nuestro pensamiento sobre el particular, y queremos repetirlos a vosotros ahora lo que ya en los primeros días de nuestro pontificado dijimos: **"Vosotros sabéis bien cuánto apreciamos la Acción Católica ya en las razones profundas que la justifican y aun la reclaman en el momento histórico que la Iglesia atraviesa actualmente, ya en sus formas de organización que brotan de las exigencias mismas del ministerio pastoral jerárquico, y en las líneas de sus estructuras bien sencillas y elementales pero susceptibles de variado desarrollo en calidad y actividad, que tienden a dar a la vida católica una plenitud de contenido religioso y moral y una explicación verdaderamente inteligente y bienhechora y ya, en fin y principalmente, en el espíritu que alimenta su fidelidad a Cristo y a la Iglesia y su amor por un apostolado valiente en la sociedad moderna"**.

A la Jerarquía Eclesiástica toca, por derecho divino, la alta dirección de toda actividad de apostolado. Por esa razón el Episcopado puede conferir a la Acción Católica un mandato especial, elevándola a su directa dependencia. Jesucristo ha escogido y enviado a sus Apóstoles en medio del mundo **"para llevarle los frutos de vida"**. Hoy El manda, para ese mismo cometido, a los sucesores de los Apóstoles, los Obispos. Análogamente —si bien en formas diversas y con diverso compromiso— los Obispos envían falanges escogidas de seglares con el encargo de regenerar en Cristo este mundo moderno, que bajo algunos aspectos ha vuelto a ser pagano.

La directa dependencia de la Jerarquía no quita el que la Acción Católica, acción del laicado, tenga dirigentes propios seglares, con responsabilidad propia en cuanto a examinar, discutir, deliberar acerca de los diversos asuntos que forman parte de su programa de acción. Las decisiones de aquéllos tendrán naturalmente la aprobación, al menos implícita, de la competente autoridad eclesiástica, la cual está representada en los organismos directivos y en las Asociaciones por un sacerdote, en función no de director sino de Asesor o Consiliario.

La responsabilidad y el compromiso directivo de los laicos tiene una razón de ser en el hecho de que estos, viviendo en todos los ambientes de la vida social, están por ello en grado de llevar al gobierno de la Acción Católica una aportación de experiencias y de conocimiento directo de las necesidades, de los remedios, de los peligros, que pueden escapar al ojo, aún al más atento, del sacerdote. Además su responsabilidad aviva en ellos el espíritu de iniciativa y los estimula a la búsqueda de soluciones y a la acción.

La Acción Católica Argentina atendió la fortuna de recibir, mientras daba sus primeros pasos, la palabra iluminadora y confortante del Sumo Pontífice Pío XI, el grande patrono, legislador y animador de la Acción Católica en el mundo entero. Su venerada carta del 4 de febrero de 1931 al Episcopado Argentino os ha señalado las líneas directivas, y

dado a vuestro movimiento católico un impulso que solamente la adversa fortuna pudo aflojar temporalmente, mientras que actualmente se halla en prometedora renovación.

De acuerdo con las indicaciones del citado Pontífice, vosotros tenéis constituidas, sobre base parroquial, diocesana y nacional, cuatro Asociaciones fundamentales: de hombres, de mujeres, de juventud masculina y de juventud femenina. Y habéis procurado que en las Asociaciones juveniles se constituyeran secciones preparatorias, para formar en la vida cristiana y en el apostolado, a los niños y adolescentes.

Con el fin de que las deliberaciones de vuestras asambleas den nuevo esplendor a vuestra organización, queremos ahora llamar vuestra atención sobre algunos puntos en particular.

Primeramente deseamos recordaros la importancia especial de las secciones preparatorias, en que se forman a su debido tiempo los jóvenes aspirantes que deberán alimentar las secciones de los socios efectivos. En nuestros días, en qué fáciles y múltiples medios de comunicación y de información se van poniendo al alcance de todos, y penetran cada vez más en todo ambiente, el jovencito madura antes al conocimiento del bien, y del mal. Y tanto antes ha de ser conquistado para la causa del bien, cuanto más necesidad tiene de ser inmunizado contra las variadas sugerencias e insidias del mal.

Además, como ya es conocido, el alma del niño y del adolescente, todavía fresco y dúctil, dispone de mayor capacidad receptiva; por otra parte en esa edad no se está aun poseído y dominado por aquellas fuertes pasiones que oscurecen la visión de los altos ideales de la vida cristiana y apostólica.

Por estos motivos, se atiende a reclutar jóvenes, cuando ya está formada su mentalidad y tienen un método de vida, fuera de los ambientes cristianos, se corre el peligro de llegar tarde para muchos de ellos; y las asociaciones católicas quedarán pobres de elementos y de actividad.

Todo esto aconseja un especial cuidado para las secciones preparatorias, que son los ramos más tiernos y prometedores del gran árbol de la Acción Católica, al cual aseguran vitalidad y fecundidad, como la experiencia misma enseña.

En las organizaciones de la Acción Católica Argentina figura asimismo la Asociación de Profesionales y de Estudiantes Universitarios y Secundarios; y también esta asociación específica merece una atención particular. Está bien, en efecto, que los estudiantes reciben una formación especializada, ya por las peculiares exigencias de su categoría, más expuesta al asalto del error, ya para estar mejor adiestrados al apostolado en el propio ambiente, o ya también por el cometido importante que ellos están destinados a desarrollar en la sociedad, donde no pocos, en razón de su preparación intelectual, están llamados a puestos directivos. Además esta formación especializada será provechosa para la misma Acción Católica y las demás asociaciones de aposto-

lado, las cuales tienen necesidad de dirigentes intelectualmente bien preparados que lleven en el ejercicio de sus funciones, junto con las dotes religiosas y morales, el prestigio del saber.

Especial aliento merecen las Asociaciones de Maestros en el seno de la Acción Católica, ya que a éstos su profesión ofrece la posibilidad de ejercer un influjo tan inmediato y profundo en la formación religiosa y moral de los niños.

El panorama de acción apostólica y el programa que en la Carta referida Nuestro Predecesor os trazara, hoy día quedan aún en pie y adquieren horizontes más amplios con la introducción de nuevos modos de vida, los que sin duda serán objeto de vuestra atenta reflexión en la nueva etapa que os disponéis a empezar.

Una importancia primordial habréis de dar a la colaboración de la Acción Católica en la enseñanza religiosa y en la difusión de la cultura católica; a la defensa de los derechos de la conciencia cristiana, de la familia, de la Iglesia; a la preservación de la moralidad pública en los medios de difusión y en los espectáculos.

En particular, la Acción Católica, aun no persiguiendo objetivos de carácter político, debe contribuir a infundir un alma cristiana a toda la vida pública. Si bien no le compete la política de partido, debe con todo educar a sus socios para ejercitar todos los derechos políticos, y cumplir sus deberes cívicos según los principios de la doctrina cristiana y las directivas de las Autoridades Eclesiásticas.

De un modo semejante, la Acción Católica, que no se propone finalidades inmediatas de carácter económico y sindical, debe dar su valiosa aportación a la solución de la "cuestión social"; cuestión que se debate desde hace más de un siglo, y que pende todavía sobre el mundo como una amenaza. A tal objeto es necesario ante todo divulgar la doctrina social de la Iglesia, contenida en una larga serie de documentos pontificios, doctrina que Nuestro Predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, ha enriquecido y puesto al día en las dos grandes Encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris". Cuídense también de promover y de favorecer, dentro de los límites de las leyes vigentes, aquellas asociaciones y obras sociales que se proponen la tutela de los legítimos intereses de los trabajadores. Lo cual producirá dos buenos efectos: que se lleve a la práctica la justicia social y que los trabajadores, para la defensa de sus intereses, no entren en asociaciones en que corren peligro de su fe e integridad cristianas. No basta, en efecto, ocuparse de las leyes sociales, hay que promover la asistencia, la formación, la conciencia de las clases trabajadoras; de su adhesión a la doctrina católica y de su acción cristiana puede depender el desarrollo y el equilibrio de la sociedad entera.

Más bien sabido es que no puede darse la acción sin una formación previa, ya que la acción es hija de la idea. No se puede ser apóstol activo si no se es buen cristiano. Y la razón fundamental está expuesta en la Encíclica de San Pío X al Episcopado Italiano, "Il

fermo propósito", cuando se dice: "La Acción Católica es un verdadero apostolado para honor y gloria de Cristo. Para llevarlo a cabo bien se necesita la gracia divina; y ésta no se da sino a quien está unido a Cristo. Sólo cuando hayamos formado a Jesucristo en nosotros, podremos fácilmente volverlo a dar a las familias y a la sociedad".

La formación de las conciencias es, pues, el objetivo primero e inmediato de la Acción Católica; y ella debe tener cabida en todas las asociaciones, hasta en las de adultos, pero en modo particular en las asociaciones de niños y jóvenes en que ella se convierte en el cometido, si no único, sí el más importante.

Una formación más profunda y especializada deberán recibir los dirigentes de las diversas ramas de la Acción Católica, siendo como son ellos los oficiales de esta Nuestra pacífica milicia. Para ellos, pues, se habrán de promover especiales iniciativas — publicaciones, cursos de estudio, reuniones de tipo organizativo, etc.—, puesto que de su actuación depende en buena parte la suerte de la Acción Católica.

Hay que notar que el programa de la actividad formativa, aun teniendo un fondo común, debe diferenciarse en las diversas asociaciones por razón de la edad, del sexo, de las condiciones, de las exigencias, de los compromisos apostólicos de los propios inscritos. De una manera particular se habrá de procurar que la formación sea completa, esto es, que abrace a todos los deberes de la vida cristiana; deberes religiosos, morales, familiares, sociales, apostólicos. Así debe ser para todos los cristianos; tanto más para aquellos que, a semejanza de los sacerdotes, se dedican a las obras de apostolado.

La educación apostólica es el cometido principal del Asesor Eclesiástico, que, como dispensador de la palabra y de la gracia divina, tiene en sus manos los medios educativos más eficaces.

En la Acción Católica él realizará una misión semejante a la del Divino Maestro que empleó larga parte de su ministerio público en la instrucción y en el adiestramiento de sus Apóstoles. El Asesor está llamado a preparar y a guiar a los apóstoles laicos, cooperadores del apostolado sacerdotal.

La acción del sacerdote en el seno de una asociación católica es de tal penetración que por sí sola puede determinar sus suertes, su vitalidad, su fecundidad. Por lo que con razón el Asesor ha sido llamado "el alma" de su asociación.

Con lo que también los Asesores eclesiásticos tienen necesidad de preparación: y por ello son recomendables todas las iniciativas aptas para este fin. Tal preparación debe comenzar en el Seminario y se habrá de considerar el apostolado de los laicos en general, y la Acción Católica en especial, como parte de la Teología pastoral.

Es además sumamente deseable que los Sacerdotes diocesanos encuentren colaboradores en este su vital e importante ministerio: y

ello incluso para la insuficiencia del número, en confrontación con la amplitud de la obra. Por tanto. Nós reiteramos aquí la cálida invitación, ya dirigida por Nuestros Predecesores, a los Religiosos y a las Religiosas, a fin de que quieran ofrecer toda su posible aportación al desarrollo de la Acción Católica, que representa hoy en día un interés común de la Iglesia.

En las Asociaciones femeninas, y especialmente en las niñas jóvenes, la acción de las Religiosas se presenta como un complemento útil e indispensable de la acción del sacerdote a efectos de una educación íntegra y eficaz. Y ello por los límites comprensibles de reserva que el Asesor Eclesiástico debe imponerse en esta materia.

Es, por lo tanto oportuno que también las Religiosas estén debidamente preparadas a este delicado e importante oficio; y a tal fin podrán servir también para ellas reuniones de estudio y cursos promovidos por la competente Autoridad Eclesiástica.

Otro importante subsidio para la Acción Católica y para las demás formas de apostolado, debe venir de los Colegios e Institutos católicos de educación. Se ha dicho que la vida cristiana lleva consigo el compromiso del Apostolado, si bien el modo específico de dar cumplimiento a este deber queda subordinado a la voluntaria y libre decisión de cada uno. Por consiguiente, un instituto católico que no educara para el ejercicio del apostolado, impartiría una educación incompleta desde el punto de vista cristiano: de los colegios católicos saldrán los futuros dirigentes de las actividades apostólicas y de orden temporal en la sociedad.

Para el éxito del apostolado de los seglares se necesitan también la armonía de acción y la concordia de intentos. Hay que evitar dispersión de energías y conflictos mortificantes de competencia. Por eso es necesaria una perfecta coordinación de todas las fuerzas de dentro y fuera de la Acción Católica.

La Acción Católica Argentina tiene ya una estructuración que prevé y procura la coordinación de todas sus fuerzas. Su misma organización unitaria y concéntrica la presenta verdaderamente sicut castrorum acies ordinata: como ejército que tiene sus cuerpos especializados, con sus propios mandos, por encima de los cuales existe un Estado mayor que coordina y dirige las actividades de todos hacia objetivos comunes.

Todo esto entra en el diseño constitucional de la Acción Católica trazado por Pío XI, diseño que prevé, con las cuatro organizaciones fundamentales, ya recordadas, también los órganos coordinadores, en el plano nacional, diocesano y parroquial, y que son precisamente la Junta Central, las Juntas diocesanas y las Juntas parroquiales.

Mas también en vuestro país, junto a las asociaciones y obras de la Acción Católica, florecen y fructifican otras asociaciones e instituciones que persiguen objetivos particulares de apostolado. Algunas,

ricas de méritos en el pasado, también al presente continúan su útil misión en colaboración con la Jerarquía eclesiástica. Entre la Acción Católica y estas otras obras de apostolado deben existir relaciones de recíproca estima y benevolencia, de fraternal inteligencia y de mutua colaboración, visto que todas ellas, aunque por caminos distintos, y con diversos medios, marchan hacia la misma meta suprema: la instauración del reino de Dios.

Estas buenas y ventajosas relaciones fueron muchas veces recomendadas por nuestros venerados Predecesores, y particularmente por Pío XII, de feliz memoria, el cual afirmó claramente la necesidad de que **"exista una mutua benevolencia, una amplia comprensión, lado sincera cooperación, dotes de virtudes que tiene su raíz por un lado en el celo purísimo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, que a todos inflama y por otro en el hecho de pertenecer, sacando de ahí el jugo vital, al mismo cuerpo místico de Cristo"**.

A fin, pues, de que estas relaciones ideales se traduzcan en hechos concretos, vosotros habéis querido valeros de órganos determinados de coordinación general, a la cual, naturalmente, debe efectuarse mirando a los objetivos comunes del apostolado católico, y respetando la fisonomía y la autonomía de cada una de las partes coordinadas.

Para obtener más seguramente tales objetivos, se considera oportuno que cada una de las partes, salva siempre una equitativa y sabia valorización de ellas, queden manteniendo un mismo plano e idéntica condición de igualdad; lo que a su vez se conseguirá más fácilmente si la presidencia de los órganos coordinadores está en manos de la misma Jerarquía Eclesiástica o de representantes de ella en cualidad de delegados.

Es evidente, en efecto, que la Jerarquía Eclesiástica, teniendo la responsabilidad sobre todas las asociaciones y formas de apostolado, es la más indicada para demostrar la superioridad y la imparcialidad de la dirección.

Con el concurso armónico de todas las fuerzas católicas, ciertamente bendecido y fecundado por Dios, vosotros podréis no solo mantener intacto el patrimonio de la fe religiosa, decoro, y gloria de vuestro pueblo, sino también hacerlo fructificar en todos los sectores de la vida: individual, familiar y social. Y ello será también fuente y además garantía de incesante progreso espiritual y aun temporal, progreso que Nós de todo corazón deseamos.

Con estos votos y plegarias Nos complacemos en otorgarte a ti, querido Hijo, a los demás Arzobispos y Obispos de esa querida Nación, lo mismo que al Clero, Religiosos, Religiosas y fieles, una especial Bendición Apostólica.

El Vaticano, 12 de abril de 1964.

CRONICA DEL CELAM:

El **R. P. Alfonso Schmidt**, tesorero del CELAM y titular del II Subsécretariado, acaba de regresar de Europa, el CELAM y su personal lo saluda muy efusivamente por su feliz retorno y se congratula por su reciente nombramiento.

El **R. P. Jaime McNiff, M. M.**, fue definitivamente retirado de su trabajo en el CELAM (Sección Catequística) por sus Superiores, después del infarto que le dió en el mes de marzo. Se encuentra en Boston desempeñando un cargo más reposado y tranquilo en el Noviciado que los PP. de Maryknoll tienen allí. Tenemos que agradecer al P. McNiff el incansable y fructuosísimo trabajo que ha hecho desde su puesto en toda nuestra América Latina para bien y perfeccionamiento de la catequesis. Han comenzado a llegarnos cartas de varios Excmos. Sres. Obispos que, al saber su retiro, han expresado el agradecimiento y la estima al P. McNiff por su nobilísima y apostólica tarea.

Fue reemplazado por el **R. P. Bernard O'Brien, M. M.**, que estaba en Chile desempeñando varios cargos apóstólicos. Saludamos gozosos su venida y no dudamos que sabrá continuar la excelente labor de su predecesor. En la misma sección catequística continúa el R. P. Juan Gorham, M. M.

DOS CONCELEBRACIONES

EN EL ENCUENTRO TEOLOGICO PASTORAL DE VIAMAO (Brasil)

Durante el encuentro de teólogos y pastores promovido por el CELAM, que se celebró en Viamao, estado de Río Grande do Sul (Brasil), tuvieron lugar dos Concelebraciones de la Misa, según las recientes disposiciones del Concilio. A petición de Mons. Vicente Scherer, Arzobispo de Porto Alegre, el Santo Padre concedió el Indulto para que, durante el encuentro, se pudiera tener el rito de la Concelebración. La primera se celebró el domingo 19 de julio, lo cual permitió el concurso del pueblo durante la ceremonia; la segunda el día 25 del mismo mes, fiesta del Apóstol Santiago.

Las concelebraciones de Viamao, son una de las pocas experiencias que se han hecho después de la última sesión del Concilio, donde se restauró el rito de la Concelebración en la Iglesia Católica. Estas experiencias se vienen haciendo en diversos lugares, con el objeto de obtener un rito definitivo que, quizá dentro de poco, se pondrá en vigor en toda la Iglesia. Estas son las primeras experiencias de este género en América Latina, y constituyen un verdadero privilegio para quienes participaron en ellas.

Uno de los artículos de la Constitución de Liturgia, del Concilio Vaticano, restablece el rito de la Concelebración, que consiste en que varios sacerdotes celebren, simultáneamente, en el mismo altar, un solo sacrificio, consagrando todos el Cuerpo y Sangre del Señor, y comulgando todos de la misma Mesa del Señor, bajo las dos especies sacramentales. El número de los sacerdotes concelebrantes se ha limitado a un máximo de veinte concelebrantes. Eso mismo muestra que el fin de la Concelebración no es una mera razón práctica, para que cien o doscientos sacerdotes puedan celebrar la Misa al mismo tiempo, sino sobre todo una razón simbólica, es decir, para que por medio de ese rito se manifieste más claramente la unidad del Sacerdocio cristiano. Sin embargo, en sí mismo no habría inconveniente para que gran número de sacerdotes participara en el rito de la Concelebración. Cuando el número de sacerdotes es muy numeroso, se podría permitir varias concelebraciones en una misma iglesia, aunque no al mismo tiempo. La concelebración con grupos pequeños, hace más simbólico y expresivo el rito sagrado.

Una comisión de peritos del "Consilium" encargado de la reforma litúrgica, preparó el actual rito de la Concelebración, en el cual se pueden advertir algunas variaciones con el rito ordinario de la Misa solemne o pontifical, además de los ritos propios de la concelebración. Aquellas partes de la liturgia que son cantadas por el Coro o por el pueblo, el celebrante principal no las recita, sino que las escucha, o canta juntamente con el pueblo. Al Ofertorio, todos los concelebrantes se acercan al altar, unos cuantos junto a la Mesa, y los demás alrededor del altar. Los ritos de ofrenda son ejecutados únicamente por el celebrante principal: él solo canta la Oración sobre las Ofrendas (que ya no será una oración "secreta") y entona los primeros versos del Prefacio, que él solo canta.

Al "Sanctus", todo el coro sacerdotal canta el himno, e inmediatamente el canon es recitado en voz alta, unas veces por el celebrante principal solo; otras por éste acompañado de todos los concelebrantes, otras por uno de los demás concelebrantes. Desde la oración "Hanc igitur", todos los concelebrantes recitan las oraciones del canon, incluyendo las palabras de la consagración; que todos pronuncian extendiendo las manos hacia los dones ofrecidos; y continúan la recitación en común hasta la oración "Supplices", siguiendo luego la recitación alternada de los concelebrantes hasta el "Per ipsum", que es cantado por todos los concelebrantes. Durante este rito, el celebrante principal no hace las cruces sobre el Cáliz con la Hostia, sino que mantiene la una y el otro levantados en alto, hasta cuando el pueblo ha respondido el "Amén", de suerte que no se rompe la doxología con la tradicional genuflexión que hacía el celebrante en ese momento. Luego el Padrenuestro es cantado por todos los concelebrantes y aun por el pueblo (puede hacerse en latín o en lengua vernácula), y la oración siguiente "Libera me" es cantada por el celebrante principal, hasta el final, sin hacer ninguna ceremonia. Los ritos de la fracción del pan y la mezcla con la Sangre se hacen mientras el coro canta el "Agnus Dei", para seguir después con el rito de la paz.

El rito de la Comunión es uno de los más bellos e impresionantes. Los Obispos concelebrantes se acercan al medio del altar, y cada uno toma

su partícula de una Hostia grande que ha sido dividida, y se la pone en su mano derecha, colocando la izquierda debajo; los demás concelebrantes reciben del celebrante principal, su respectiva parte en la misma forma; y todos se van reuniendo en torno a la mesa del Altar. Ya todos reunidos, se recita el "Domine, non sum dignus" y todos comulgan en la misma Mesa. Se acercan luego a beber todos del mismo cáliz (si se comulga a modo de sunción), y después de purificarse regresan a sus puestos. La Misa termina como de ordinario.

El pueblo y los demás sacerdotes que estuvieron presentes en las dos concelebraciones de Viamao, quedaron verdaderamente impresionados con la ceremonia, especialmente con el rito de la comunión, que es el que manifiesta la unidad cristiana.

La primera concelebración tuvo como celebrante principal a S.E.R. Mons. Marcos McGrath, Obispo de Veraguas (Panamá) y Director del Encuentro. La segunda concelebración fue presidida por S. E. R. Mons. Manuel Larraín, Obispo de Talca y Presidente del CELAM, a quien acompañaron como Obispos concelebrantes Mons. Lorscheider y Mons. Colombó.

Viamao es la antigua capital del Estado de Porto Alegre, Brasil. Está situada a unos 18 kilómetros de la ciudad de Porto Alegre y a pocos metros sobre el nivel del mar, en una pequeña colina. El estado de Porto Alegre está el Sur del Brasil. Es una de las zonas más densamente pobladas, de las más ricas y más industriales. Hay una alta densidad de población, muchos de ellos, descendientes de colonias alemanas e italianas que vinieron al Brasil desde fines del siglo pasado. En su inmensa mayoría son católicos, pero inficionados por el espiritismo y la superstición; los lugares de cultos espiritistas son numerosos, y apenas se encuentra alguno que no participe en ellos. El clero no es abundante, pero es una de las zonas del Brasil mejor atendida espiritualmente. Allí está el gran seminario Mayor, con capacidad para quinientos alumnos: un edificio inmenso, de arquitectura muy sólida y comfortable. El Seminario es regentado por clero diocesano, y tiene alumnos de varias diócesis brasileras.

ENCUENTRO DE TEOLOGIA PASTORAL EN VIAMAO

El 29 de julio concluyó el encuentro de teólogos y pastores que el CELAM había organizado con el patrocinio de los católicos alemanes. Participaron en el encuentro más de ochenta sacerdotes de todos los países de América Latina. La dirección estuvo a cargo de Mons. Marcos McGrath, Obispo de Veraguas (Panamá), de Mons. Botero Salazar y de Mons. Loncheider. Profesores del encuentro fueron Mons. Colombo, de Milán, y los Padres Daniélou, s. j. y Roguet, op., de París. Se estudiaron varios documentos conciliares, entre ellos la constitución "De Ecclesia" que va a ser propuesta a los Padres en la tercera Sesión del Concilio. Se hizo también un estudio sobre la Constitución sobre la Sagrada Liturgia.

JORNADA DE PASTORAL RURAL

(DE MIJARC)

En Lima, del 7 al 16 de julio de este año, se tuvo una Jornada de Pastoral Rural, promovida por el Secretariado Regional Latinoamericano de MIJARC, con sede en Sarandí 382, Montevideo, Uruguay.

La presidencia del CELAM recomendó personalmente estas Jornadas; se informó de ellas al Secretariado Interamericano de A. C. y Mons. Leonidas Proaño, Presidente del ISPLA alentó la realización del programa, al que asistió personalmente.

Hay que subrayar de entrada el gran esfuerzo organizador y las dificultades económicas que ayudaron a realizar las Jornadas. La dirección correspondió a un equipo compuesto por un representante de cada país, más el asesor latinoamericano (R. P. Herbé Seijas, en Uruguay) y dos laicos, el Secretario Latinoamericano de MIJARC y la presidenta de la JAC uruguaya.

Se empleó un método de trabajo en que todos los asistentes pudieran participar. Luego de la exposición del tema, breves minutos para preguntas aclaratorias e inmediatamente el trabajo en grupos, durante una hora, en que se baja al terreno concreto. En una síntesis final se aunaban ideas y experiencias generales que pudieran formar criterios y métodos para una pastoral rural renovada de mayor eficacia.

El Arzobispo de Lima, Emmo. Cardenal Landáburí, autorizó su plir el rezo del breviario con una celebración litúrgica, que reunía en oración comunitaria a todos los sacerdotes al finalizar el trabajo.

Se partió de la síntesis de las encuestas presentadas con anterioridad a la Jornada, por los sacerdotes que habrían de participar. Y un interrogante surgió claro e insistente al final de este primer día: "Cómo responde la Iglesia a esta realidad sociológica rural?"

Mons. Proaño expuso reflexiones sobre el Misterio de la Iglesia y la Iglesia frente al mundo de hoy. El temario siguiente dio reflexiones más concretas y precisas, tendientes a provocar un cambio mental y por ende una acción pastoral más de acuerdo con las necesidades reales del medio ambiente campesino.

Se oyeron confesiones en alta voz como estas: "Esta Jornada cambiará totalmente la distribución de mi tiempo sacerdotal". "Este tema me obliga a dejar las opiniones sobre el laico que hasta ahora sostenía". Se clarificó la misión sacerdotal y la misión del laico en la Iglesia, superando así toda una tradición, muy explicable pero ya insostenible, de centralismo y dirigismo clerical, cambiándose a una actitud de respeto y promoción del laicado a quien corresponde, volver el mundo temporal a Dios (la "consecratio mundi" de que hablaba Pío XII).

Como líneas de una pastoral rural por parte de la Iglesia para la región andina, se señalaron:

1) La promoción social integral del campesino como expresión de caridad evangélica y signo de la presencia de la Iglesia en el mundo rural andino de hoy. 2) La formación de líderes y militantes cristianos que den una animación apostólica a esta promoción social.

Nos parece que la Jornada de Pastoral Rural de Lima ha sido altamente positiva y por ende es recomendable que puede repetirse, con las adaptaciones necesarias, en las otras regiones de Latinoamérica, según el proyecto presentado.

CONCLUSIONES GENERALES:

El MIJARC (Movimiento Internacional de la Juventud Agraria y Rural Católica), que promueve la elevación integral del ambiente rural, ha reunido por espacio de diez días en Santa Inés de Chaclacayo (Lima) a sacerdotes que comparten la dureza y postergación del campesinado de América Latina.

Integraron esta reunión delegados de Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Perú y Uruguay.

Las deliberaciones a nivel latinoamericano se pueden sintetizar en los siguientes puntos:

1) Los resultados de encuestas realizadas en ambientes rurales de los países participantes, han hecho ver en forma clara una franca evolución socio-económica y cultural del campesinado, que impone audaces y meditados cambios de la pastoral rural, para cuyo logro se propone el intercambio de experiencias a nivel nacional e internacional.

2) Las realidades estudiadas plantean la necesidad de establecer una escala de valores en el desempeño de la labor sacerdotal. Sacerdotes y seglares en un esfuerzo común deben enriquecerse mutuamente con perspectivas de una adaptación precisa al desenvolvimiento del ambiente. Por todo se ve la necesidad de recomendar al clero que dedique lo mejor de su tiempo a la formación de seglares capaces e influyentes.

La similitud de la condición del campesinado de Sudamérica en lo que se refiere a la cultura, subdesarrollo y abandono, movió a los asistentes a expresar sus deseos de que se intensifique la creación de organismos dedicados a la educación del campesinado de cada país, los que podrían llegar a una unión institucionalizada en el plano interamericano.

4) La rapidez con que se obran los cambios, la escasez de sacerdotes y la dificultad que ellos tienen en la evangelización de las extensas áreas rurales, inducen a sugerir una intensificación de contactos del clero, que se puede expresar en equipos sacerdotales, pastoral de conjunto y jornadas de estudio.

Conscientes de los resultados obtenidos en algunos países por el movimiento de la juventud agrícola católica en la cristianización del ambiente rural, acuerdan impulsarlo en el plano parroquial, diocesano y nacional.

6) Los sacerdotes latinoamericanos asistentes a la Jornada de Pastoral Rural expresan su reconocimiento y gratitud al MIJARC por haber promovido y facilitado la realización de este encuentro, que tantos y tan profundos beneficios ha significado para todos.

MOVIMIENTO POR UN MUNDO MEJOR

Centro Internazionale Pio XII per un Mondo Migliore

Via dei Laghi, Km. 10

Rocca di Papa. Roma. Italia.

R. P. Ricardo Lombardi, S. J., Director

Srta. M^{te}. Rosario Hernández, Secretaria de Lengua Española.

El Movimiento por un Mundo Mejor trae su origen del discurso que dirigió Pio XII a los romanos, el día 10 de febrero de 1952, para la renovación espiritual de la Urbe, invitando al mismo tiempo a que todas las diócesis del mundo siguieran el ejemplo. Un pequeño grupo de sacerdotes del clero secular y regular, pertenecientes estos últimos a varios institutos, se comprometió entonces a dar eco universal a aquel mensaje. Animador y promotor principal es el Padre Ricardo Lombardi, S. J.

De ninguna manera es una organización; es simplemente un movimiento en el sentido etimológico de la palabra, que quiere producirse en todos los tipos de fuerzas católicas, para la creación de una sociedad siempre más divina, en los individuos, en las relaciones de caridad mutua, en las mismas estructuras organizadas de la convivencia humana. El Movimiento es fundamentalmente de carácter ascético.

Por diversos medios: reuniones, publicaciones, predicación, etc., trata de suscitar **una espiritualidad**, por la cual cada uno se suubordine completamente **al bien común de la Iglesia;** espiritualidad que produzca en la Iglesia la muerte total al egoísmo, estableciendo una convivencia inspirada totalmente en la caridad. Con este clima de renuncia y de unidad en Jesús, se quiere empujar a los elementos más responsables del campo católico a revisar constantemente nuestras posiciones en el mundo, que continuamente evoluciona, para una mayor eficacia, con miras siempre al triunfo universal de Jesús.

Pero la acción y difusión de esta doctrina es principalmente por medio de unos retiros espirituales característicos, llamados **Ejercitaciones por un Mundo Mejor**, cuyo fruto directo es el enfervorizar el sentido comunitario. Se han dado Ejercitaciones a sólo Excmos. Obispos, a Obispos y sacerdotes juntos, al clero de una diócesis con su Obispo, a Superiores religiosos, a religiosas de diversas categorías, a laicos calificados (industriales, políticos, universitarios, dirigentes de obras católicas, educadores, etc.) y a matrimonios. Actualmente han frecuentado las Ejercitaciones 312 Obispos de América Latina, más de 700 en el mundo entero y unos 40.000 sacerdotes. Siendo el trabajo dedicado directamente al bien de la comunidad eclesial, se desenvuelve la **Obra en continuo contacto y estrecha dependencia de los Obispos.**

La Obra Promotora, encargada de impulsar el movimiento, **está constituida por sacerdotes seculares y regulares,** de diversas naciones, los cuales permanecen cada uno en la condición jurídica que tenía,

pero, con la autorización de la Santa Sede, se unen en vida común, para servir a los Excmos. Obispos donde les llamen.

La Santa Sede ha nombrado como superior jerárquico cerca de la misma, al Emmo y Rvmo. Cardenal Antoniutti. Para la dirección del Movimiento ha designado un Consejo, formado por el Director, R. P. Ricard Lombardi, S. J y cuatro miembros más de diversas nacionalidades.

Pertenece a la parte femenina de la Obrá Promotora, señoritas y religiosas de diversas congregaciones, que colaboran con sus trabajos propios.

En varias naciones de Europa, en casi todas las naciones latino-americanas, en Estados Unidos y en Canadá, se ha formado un grupo de sacerdotes, seculares y regulares, que trabajan en la reforma ascética y sus innumerables aplicaciones pastorales, en servicio permanente a la comunidad, pero sin constituir nunca una organización especial.

Existen grupos en:

—**América Central:** grupo al servicio de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá: C. Juan Mora 323, San Salvador (El Salvador).

—**Argentina:** Carlos Pellegrini 1334, Buenos Aires.

—**Brasil:** Grupo del Norte: Praça Pio X, 335, Natal (R. G. N.)
Grupo del Centro: Avda. Augusto de Lima, 1705, Bello Horizonte (Minas Gerais).

Grupo del Sur: Avda. Higienópolis 901, Sao Paulo.

—**Colombia:** Centro Pio XII Por un Mundo Mejor, Carrera 16 N° 32-67, teléfono 45-48-25. Bogotá.

—**Ecuador:** Convento de las MM. del Buen Pastor, Quito.

—**México:** Casa de la Iglesia, Calzada Naucalpán de Járez, Etdo. de México. Oficinas: Rébsamen 744, Col. Narvarte, México 12, D. F.

—**Paraguay:** Colegio Santa Teresa, Casilla 927, Av-Mariscal López 237, Asunción.

—**Perú:** Av. Javier Prado 1266, San Isidro, Lima.

—**Venezuela:** 2ª Avenida del Casquillo, Urbanización El Avila, Quinta "Hogar de la Iglesia", Caracas.

—**Estados Unidos:** Movement for a Better World, 2158 Florida Avenue, N. W., Washington, D. C. 20008.

—**Canadá:** Paroisse de Christ Roi, 286 Rue Brooks Sud, Sherbrooke, Québec.

La casa principal es el Centro Internacional Pio XII, en Rocca di Papa, junto a Castelgandolfo, en Italia, inaugurada personalmente por Pio XII. Otras casas importantes en España y México, esta última recientemente inaugurada, donde se están preparando los sacerdotes apóstoles del Post-Concilio, según el acuerdo realizado con los señores Obispos mexicanos.

En este año de 1964, el P. Lombardi ha sido invitado a dar Ejercitaciones en Ghana (Africa) y próximamente piensa el Movimiento iniciar sus trabajos en la India.

(28 julio 1964).

OFICINA INTERNACIONAL CATOLICA DE LA INFANCIA

A fines de julio, visitaron el Secretariado General del CELAM el R. P. Pastore Pierfranco, el doctor Gregorio Donato y el R. P. H. Bissonnier, pertenecientes a la Oficina Internacional Católica de la Infancia, cuya sede está en Roma, 63, Largo Brancaccio. Esta Oficina está dotada de estatuto consultivo ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (categoría B), ante la Unesco y ante la Unicef. Acaba de recibir nuevos Estatutos de la Santa Sede. Tiene varias Comisiones para su mejor funcionamiento.

Los visitantes manifestaron que acababan de hacer un breve pero fructuoso recorrido por algunas naciones de América Latina (Argentina, Uruguay, Chile, Perú y Ecuador), haciendo muy útiles contactos, aunque no les fue siempre posible encontrar y entrevistarse con todas las personas y organismos que deseaban. Manifestaron su plena voluntad de servicio a las entidades similares y afines, así como su deseo de encontrar colaboración en las tareas tan importantes que les han sido señaladas. Mucho desean que figuren miembros latinoamericanos en las diversas comisiones.

Creemos útil dar a conocer las comisiones actuales, cuyos nombres e integración son los siguientes:

Grupo de teólogos-consejo:

R. P. Beyer, Piazza della Pilotta, 4, Roma.

R. P. Coudreau, P. S. S., 50 rue de Vaugirard, Paris, VI.

Comisión de Prensa y Literatura Infantiles:

M. Domenico Volpi, Via Torre Rossa, 94, Roma.

Mlle. Willy Lussing, Johannesgasse, 16, Viena (Austria).

M. Eudes de la Potterie, 51 rue de Fleurus, Paris.

Comisión de Educación Pre-escolar:

Mlle. Marie Kiene, Deutscher Caritasverband, Freiburg im. B.

Comisión de aire libre

M. Canónigo Misionne, 125 rue Froissart, Bruselas.

Dr. Josef Koenen, Grosse Telegraphenstrasse, 35, Colonia.

Comisión de los medios audio-visuales:

Sr. Canónigo Haas, 21, rue du Boisy, Lausanne (Suiza).

M. Rland Biernaux, 15, rue du Comte Cornet, Maissieres-lez-Mons. Bélgica.

M. Robert Prot, 117, avenue Michel Bizot, Paris, XII.

Comisión de educación religiosa:

S. M. A. S. E. Mosn. G. M. Coderre, 218 rue Jacques Cartier, Saint-Jean (Québec, Canadá).

Hno. Dichard, St. John's College, Southsea (Hants), Inglaterra.

Comisión de Sicología:

Dr. Henri Ouellet, 3131, Chambord, Ste-Foy-Québec, Canadá.
R. P. Van Niele, 77 rue des Chantiers, Paris V.

Comisión Jurídica:

M. Michel Normand, 119 blvd. de Grenelle, Paris XV.

M. José Luis Bau Carpi, Fernández de la Hoz, 33, Madrid.

M. Castan, Montesa 12, Madrid.

Comisión de Pedagogía:

Sr. Prof. V. García de la Hoz, Serrano 127, Madrid.

Sr. Juan M. Moreno García, C. Bermúdez 74-76. 6º D., Madrid.

Comisión Médico-pedagógica y sico-social.

Sr. Prof. Busnelli, Via Cardinal de Luca 10, Roma.

R.P.H. Bissonnier, 53 rue de Babylone, Paris.

Mlle. Marie-Helene Mathieu, 53 rue de Babylone, Paris.

Comisión de Instituciones y Comunidades para niños privados de medio familiar:

Mons. J. P. Carroll-Abbing, Piazza Pia, 3, Roma.

Sr. Pierre Compagnon, Maison d'Enfants, La Roche Guyon (Seine & Oise), Francia.

Fines de la institución: La Oficina Internacional Católica de la Infancia es una oficina técnica que tiene como fines:

1. El estudio, la investigación y la documentación sobre las cuestiones relativas a la infancia.

2. El servicio de las organizaciones católicas que, en los diversos países, se ocupan de la infancia.

3. La representación y la defensa de los intereses, en particular espirituales y morales, de la infancia, ante instancias nacionales e internacionales.

4. La realización de proyectos o programas "pilotos" en favor de la infancia.

FEDERACION MUNDIAL DE
JUVENTUDES FEMENINAS CATOLICAS
Springweg 8 - Untrechet, Holanda.
Roma, 6-9 de abril de 1964

INFORME DEL SECRETARIADO REGIONAL DE LA FMJFC PARA AMERICA LATINA

Durante el Consejo Estatutario celebrado en Buenos Aires en agosto de 1962, se estableció como sede del Subsecretariado para América Latina la ciudad de Buenos Aires, decisión que fue tomada por el Comité Ejecutivo al reunirse con dicha ocasión. Al mismo tiempo el Comité Ejecutivo designó a Margarita Moyano Llerena como Vicepresidenta de la FMJFC para América Latina y responsable del Subsecretariado.

En esa oportunidad tuvo lugar también el Seminario Internacional sobre el tema: "La joven, miembro vivo de la comunidad".

El hecho de coincidir la realización del Consejo y del Seminario con el punto de partida de esta nueva etapa del Subsecretariado, fue sumamente auspicioso para el mismo, dadas las relaciones y contactos establecidos entre dirigentes de diversos países y las conversaciones mantenidas, concernientes a proyectos de trabajo en América Latina. En ellas se estuvo de acuerdo en reconocer la necesidad de una colaboración de la FMJFC en la promoción de los movimientos de juventud y de infancia, en particular en lo tocante a promoción de dirigentes. Pero se reconoció asimismo la imposibilidad de concretar la acción del Subsecretariado mientras no se contara con recursos económicos que permitieran la dedicación total de algunas dirigentes y los viajes de contacto y servicio a los diversos países.

El primer esfuerzo del Subsecretariado fue la realización de un curso para dirigentes diocesanas de movimientos juveniles, en enero de 1963, en Buenos Aires.

Planeado para la Argentina y para las naciones vecinas, se vió limitado finalmente al dicho país, debido a que para otros movimientos no fue posible asistir.

En julio del mismo año, tuvo lugar otro curso para responsables diocesanas de infancia, en colaboración en el departamento de infancia del Consejo Superior de la Asociación de las jóvenes de la Acción Católica argentina. Fue dirigido por Dora Perramon, responsable para infancia dentro del Subsecretariado.

VISITA a Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá. En julio de 1963, M. Moyano realizó una breve gira para tomar contacto con los países mencionados, aprovechando su viaje a Venezuela, ya que en dicho país se celebraba, del 17 al 20 de julio de 1963, la primera reunión del Subsecretariado.

Reunión del Subsecretariado en Caracas. Contando con la presencia de la Presidenta de la FMJFC, M. H. C. Vendra, se reunieron todos

los miembros del Subsecretariado: Margarita Moyano (Argentina), Cecilia Camacho (Colombia), Carmen Turnbull (México) y Berenice Alamo (Venezuela). Esta reunión fue de decisiva importancia para la tarea en América Latina, y que ella se trazó un plan concreto de trabajo, de esa fecha hasta el mes de enero de 1965.

Esto fue posible gracias al esfuerzo del Secretariado Internacional que obtuvo los fondos necesarios para llevarlo a cabo.

Los puntos abarcados por el plan de trabajo fueron, entre otros: varias giras para hacer contactos en los diversos países, la preparación del Congreso en Roma, la atención particular a los movimientos de infancia, y cursos de formación para dirigentes.

Gira por América Central. Después de haber participado en la reunión del Subsecretariado y de la Asamblea Nacional de la JCF de Venezuela y, con anterioridad en el Seminario de promoción de la mujer y formación de militantes organizado por la UMOFC en Caracas del 15 de junio al 14 de julio de 1963, Carmen Turnbull hizo una gira —en compañía de Adelaida Yanes de Venezuela— por los países de Centro América y Panamá. El fin de esta gira fue el de visitar a las organizaciones de esta zona y preparar la participación en el Seminario — con el mismo tema del que se acaba de mencionar— que se celebró posteriormente, del 13 al 29 de noviembre de 1963 en colaboración con la UMOFC en la ciudad de San Salvador. Se contó con la asistencia de 40 representantes de 7 países.

La experiencia de este primer esfuerzo de trabajo común con el Secretariado Latino Americano de la UMOFC fue sumamente positiva y se entrevé la posibilidad de nuevas realizaciones conjuntas.

Asistencia de un miembro del Subsecretariado a una reunión del Comité Ejecutivo. En noviembre de 1963, luego de haber visitado el Uruguay, M. Moyano asistió, en representación del Subsecretariado, a la reunión del Comité Ejecutivo realizada en Brujas (Bélgica). Durante la misma se presentó el plan de trabajo trazado en la reunión de Caracas y se aprobó el cambio de denominación, propuesta en dicha reunión, de **Secretariado**, en lugar de Subsecretariado para América Latina.

Beca de la UNESCO. En ese mismo mes inició su gira en Europa Dora Perramón, gracias a una beca de la UNESCO obtenida por la FMJFC, a fin de estudiar los movimientos de infancia de: Holanda, Suiza, Francia y España (la gira continuará hasta fines del mes de abril, con la visita, a la Italia y Bélgica, terminando en el Secretariado Internacional, en Utrecht); después trabajará en este campo en América Latina.

Visita al Paraguay. La efectuó M. Moyano en diciembre de 1963.

Encuentro de dirigentes en el Ecuador. Invitada para colaborar en el encuentro nacional de dirigentes de la juventud femenino-ecuatoriana, M. Moyano estuvo en Quito del 4 al 15 de febrero, antes viajó a Lima, Perú.

Preparación del Congreso de Roma en América Latina. Se aprovecharon para ello, al máximo, todas las giras realizadas. Se editó un folleto sobre el tema de la solidaridad, y una "guía para una peregrinación" con reflexiones en torno a dicho tema. Además se organizaron tres excursiones en Argentina, Colombia y México, para facilitar la asistencia de las jóvenes al Congreso de Roma. Gracias a este esfuerzo, se ha podido contar con casi un centenar de representantes en el mismo.

Vinculación con la Organización de Estados AMERICANOS (O.E.A.): un hecho de importancia lo constituye la admisión de la Federación en el programa de la O.E.A. denominado de "relación de cooperación", obtenida gracias al viaje hecho por M.H.C. Vendra a los EE. UU. después de la reunión de Caracas. En esa ocasión se obtuvieron también algunos subsidios para el Seminario de Dirigentes realizado más tarde en San Salvador.

ESTADO PRESENTE DEL PROBLEMA DE LA UNIDAD CRISTIANA

Por el R. P. Carlos Boyer, S. J. (trad. GAJ)
("Unitas", N° 66).

El Concilio continúa. Como uno de sus fines, puesto cada vez más de relieve, el de preparar la restauración de la unidad cristiana, es de gran interés considerar la actitud de los cristianos ante la unidad antes de la tercera y quizás última sesión de la gran asamblea. Estamos fácilmente informados del pensamiento de los cristianos separados de Roma con respecto al Concilio y a la unión. Los observadores, los periodistas, los dirigentes de las diversas comunidades han expuesto su opinión en muchos escritos o entrevistas. No hay sino que recoger los más significativos.

Conviene considerar separadamente las Iglesias de Oriente que no están unidas a la Santa Sede. En estos últimos años, grandes esperanzas para la reunión han tomado consistencia. Dos hechos recientes sobre todo han transformado el estado de las cosas. En septiembre de 1963, a invitación del Patriarca ecuménico de Constantinopla, S. S. Atenágoras, una conferencia panortodoxa se ha tenido en la isla de Rodas. Allí se decretó que las diversas iglesias autocéfalas estaban libres para enviar delegados al II Concilio Vaticano; y sobre todo se aprobó por unanimidad la propuesta del Patriarca, que era abrir, en un pie de igualdad, un diálogo con la Iglesia de Roma. Parece que Atenágoras concede a este contacto una gran importancia, aunque tenga directamente en vista más bien una colaboración con fines determinados que la unión en la doctrina. Sin embargo, la una prepararía la otra.

El segundo hecho verdaderamente sensacional es el encuentro en Jerusalén del Patriarca ecuménico y del Papa Paulo VI. Esta afirmación solemne de fraternidad, es sin duda el más hermoso fruto de todo el movimiento ecuménico hasta este día. Abre un nuevo período en las relaciones de las dos Iglesias. No olvido que las luces de la aurora no son todavía más que una promesa y que las nubes pueden ensombrecerlas: la resistencia del metropolitano de Atenas, Crisóstomo, y alguna declaración de teología lo recuerdan. Pero el día anunciado no puede dejar de llegar.

Su Excelencia el arzobispo Iakovos, cuya jurisdicción se extiende a todos los griegos ortodoxos de las dos Américas, ha concedido al P. Pascual Angel, de los PP. de la Reparación, una entrevista en que dominan la simpatía y la esperanza. El encuentro del Pontífice romano y del Patriarca de Constantinopla es para él un acontecimiento único, que debe acrecentar grandemente el respeto y el amor mutuos. Desea que el diálogo oficial comience lo más pronto posible para aclarar las posiciones recíprocas. Ha habido los errores de los cruzados con respecto a los bizantinos; pero hay que olvidar el pasado, dice el metropolitano. Como los griegos admiten la infalibilidad de la Iglesia, toda la cuestión entre ellos y nosotros se refiere a la manera como esta infalibilidad es ejercida. Se facilitaría el acuerdo, ha dicho el arzobispo Iawokos, si el Concilio Vaticano admitiera el poder colegial como el único poder supremo (pero el Concilio sabe que el Papa es el Vicario de Cristo y que puede como tal ejer-

cer por sí solo el poder supremo, cuando lo juzgue bueno). Con nosotros, también los griegos sostienen que la Iglesia es visible y también que la Iglesia es santa y no pecadora. Son sus miembros los que pueden pecar. Por fin Iakovos habló contra el proselitismo: pero admite que hay católicos de rito oriental y cree que pueden servir a la causa de la unión (Lamp, febrero 1964, p. 10).

En resumen, del lado de Oriente, se comprueba un progreso hacia la unidad. Vengamos a Occidente. Los herederos de la Reforma estaban presentes en el pensamiento del Papa peregrino en Paléstina. Dirigió al Consejo Ecuménico de las Iglesias este telegrama: **"Desde esta tierra santa santificada por la vida, la muerte y la resurrección del Salvador, evocando la colaboración cristiana y fraternal de vuestros observadores en el Segundo Concilio Vaticano y asegurándoos nuestras oraciones, Nos enviamos nuestros mejores votos de paz y de prosperidad"**. El secretario del Consejo, Pastor Visser't Hooft contestó con un telegrama emocionado y respetuoso.

Era de preverse que los anglicanos y los protestantes dirigirían su atención a los puntos en que el Concilio subraya ciertas doctrinas, católicas sin duda, pero cercanas a aquellas que sostienen ellos mismos: recomendación de la Sagrada Escritura, importancia primordial del bautismo, gratuidad de la gracia, humildad evangélica, poder del pecado. Muchas intervenciones de los Padres les agradaron y les revelaron un catolicismo que no conocían. El director del semanario francés **Réforme** ha dicho del Concilio: **"Creo discernir en él una profunda reforma interna de la Iglesia católica, que va en el sentido del combate y de la predicación que los míos llevan desde hace cuatrocientos años"**. Los observadores gustaron también y señalaron la libertad con que los Padres se expresaban. A veces, es verdad, creyeron en cambios en la doctrina, como cuando un periodista enviado por su comunidad entendió que el Papa no sería ya la suprema autoridad en la Iglesia y que sería el episcopado presidido por el Papa (ver **La Luce**, 15 nov. 1963, p. 2). En todo caso, se miraba hasta qué punto la renovación querida por el Concilio acercaría la Iglesia a las maneras de ver de los Reformados.

Hubo empero una excepción, y considerable. Karl Barth, el célebre teólogo de Basilea, observó con justo título que el objeto principal del Concilio permanece siendo la renovación interior de la Iglesia Católica misma. Le parece que esta Iglesia, la que, dice él, no ha cesado por su breviarío y su misal de ser alimentada por la Sagrada Escritura, se hace cada vez más evangélica, aunque no sea en el sentido de los protestantes. Se debería, pues, piensa él, volver la atención a lo que pasa en el interior de la Iglesia romana para su propio bien. Que los protestantes, pues, barran también delante de su puerta. Que se reformen como la Iglesia católica se esfuerza por renovarse (K. Barth, **Thoughts on the Second Vatican Council, Ecumenical Review**, XV, 4 julio 1963, 357-367).

Desconozco en qué medida han sido seguidos los consejos de Karl Barth. En lo que ha salido en la prensa, la atención dada por los protestantes permanece bien fija en el grado de apertura de la Iglesia del lado de los cristianos separados y en la naturaleza de los contactos que podrá

mantener con ellos. Y hay que confesar que en conjunto sus juicios son muy reservados y más bien negativos. Es que ha hecho, comprueban ellos, el Concilio no modifica nada esencial.

Desde que el Vaticano II fue anunciado, el que debía ser uno de los más simpáticos observadores y hablar al Papa en nombre de los demás durante la segunda sesión, el profesor Kristen Skydsgaard publicó en colaboración un volumen titulado: **El Concilio y los cristianos evangélicos**. Viniendo a la definición de la unidad que el Papa Juan XXIII había dado en su encíclica *Ad Petri cathedram*, como unidad de fe, de gobierno y de culto, decía: "Son los tres puntos que constituyen las mayores dificultades para los luteranos evangélicos, dificultades que en el estado presente de las cosas son insuperables y son las verdaderas razones por las que no podemos ser miembros de la Iglesia católica romana" (p. 155). Y en la misma obra, Peter Brunner escribía entre otras cosas: "Un acuerdo sobre los dogmas católicos del sacrificio de la misa, del papado y de la Virgen María están fuera de cuestión" (p. 188-189).

De la misma manera, Oscar Cullmann, cuyas obras contienen tantas páginas un católico firmaría gustoso, ha declarado netamente: "Lo que impide a los protestantes volver a Roma, hay que darse bien cuenta de ello, es la concepción misma de la Iglesia, de la infalibilidad, de la unidad". Y todavía después de la segunda sesión del Concilio, Lukas Visser, observador delegado por el Consejo ecuménico, declaraba: "Nuestra división es tan profunda que llega a nuestras concepciones respectivas de la unidad" (en *Réforme*, 18 enero 1964). Aquí, efectivamente, en la concepción de la unidad, que incluye la de la Iglesia, se encuentra la dificultad fundamental y persistente.

Y he aquí que el Papa Paulo VI vuelve a tomar claramente en su discurso para la apertura de la segunda sesión del Concilio la concepción de la unidad expuesta por Juan XXIII: "La unidad, decía, visible no puede realizarse sino con una fe única, la participación en los mismos sacramentos, la cohesión perfecta de un solo régimen eclesiástico". Precisaba más: "Mientras el Concilio llama, cuenta, encierra en el rebaño de Cristo a las ovejas que lo forman legítimamente, y con pleno derecho, abre al mismo tiempo las puertas, levanta la voz y espera con impaciencia las muchas ovejas de Cristo que no se encuentran todavía en el mismo redil".

Albert Finet comentó inmediatamente este discurso, encontrándolo admirable para un católico: "Pero porque soy protestante, añadia, y protestando profundamente apegado al diálogo ecuménico, no puedo menos de ser sorprendido y alertado... por la savia, la sangre, el alma que animan este discurso magistral... Me encuentro frente a la expresión de una Iglesia segura de ser... la única Iglesia depositaria de la única y total verdad cristiana" (*Réforme*, 5 oct. 1963). En el gran mensaje de Belén, el Pontífice peregrino luego de haber repetido el mismo pensamiento sirviéndose de la misma imagen, pronunciaba estas claras sentencias: "Aun en las circunstancias muy particulares en que Nos encontramos hoy, debemos decir que un tal resultado no puede obtenerse con detrimento de las verdades de la fe. No podemos ser infieles a ese patrimonio de Cristo; no

es nuestro, sino suyo; no somos más que depositarios e intérpretes. Pero, repitámoslo otra vez, estamos dispuestos a tomar en consideración cualquier medio razonable capaz de allanar los caminos del diálogo, en el respeto y en la caridad, con miras a un encuentro futuro ¡y quiera Dios que esté próximo!, con los hermanos cristianos separados todavía de nosotros. La puerta del redil está abierta. La espera de todos es leal y cordial. El deseo es fuerte y paciente. El lugar disponible es amplio y cómodo. El paso que franquear es esperado con todo nuestro afecto y puede hacerse con honor y en la mutua alegría... ”

La reacción de **Réforme** fue bastante áspera. “El Papa Paulo VI, escribió Alberto Finet, ha hablado de Belén... , de vuelta al redil. Esto se nos ha quedado en la garganta, a nosotros protestantes, como una espina de pescado”. Y daba salida a su mal humor.

Hay sin embargo protestantes, y de la misma comunión, a lo que creo, que Finet, que comprenden mejor las exigencias de la fe católica. Uno de los más penetrantes entre los observadores, Hebert Roux, pastor de la Iglesia Reformada de Francia, encargado de las relaciones interconfesionales, explicó muy objetivamente a los protestantes que el Papa —(se trataba del discurso del Concilio)— no había dicho nada que no fuera esencial al catolicismo: “Se ha observado, señalaba, la nitidez con que ha sido precisada la doctrina tradicional de Roma sobre la unidad de la Iglesia: unidad de fe, unidad sacramental, unidad finalmente bajo la autoridad de la jerarquía en unión con la Santa Sede. Algunos pueden ver en esta nitidez un rigor que corta en relación con el tono paternal y benévolo del Papa Juan. Yo pienso, por mi parte, que el Papa Juan era también un papa romano y no podía tener otra doctrina que la recordada por Paulo VI, y soy de los que estiman que en materia de diálogo es bueno y necesario recordar a muchos católicos, y sin duda también a muchos protestantes, que entre la concepción católica romana de la unidad y la de las Iglesias no romanas, y señaladamente las que están representadas por observadores en el Concilio, hay diferencias fundamentales que no se deben ignorar” (Comunicación a la asamblea protestante de Aix-en-Provença, citado en *Unitas*, ed francesa, 1964, p. 27).

La Federación protestante de Francia ha publicado **Recomendaciones y Consejos** con miras al diálogo con el catolicismo romano: este escrito se inspira en sirenismo atento, pero fraternal. Se halla allí primero una **Carta a las Iglesias** donde se afirma la utilidad del diálogo con los católicos. Señalamos este pensamiento: “La división de las Iglesias, es, al mismo tiempo que un escándalo, un contra-testimonio y constituye un obstáculo mayor al cumplimiento por el pueblo cristiano de su misión. Si place al Señor abrir puertas entre las casas de sus hijos separados, ¿por qué tendríamos miedo de franquearlas?”. Se reconoce la dificultad: “Las verdaderas divergencias en las cuestiones de fe que nos oponen a Roma permanecen singularmente profundas y graves” (p. 6). Sigue un breve tratado práctico preparado por la “Comisión de relaciones con el catolicismo”, creada en enero de 1963, de la que es presidente el pastor Hébert Roux. Se subraya allí esta prescripción para las manifestaciones que se dirijan a un público amplio: “se tratará de evitar los riesgos de equívoco precisando el alcance y los límites de lo que protestantes y católicos pue-

den y deben hacer y decir lealmente juntos en la fidelidad a la fe y a la disciplina de su Iglesia" (p. 28). En las recomendaciones para la Semana de la unidad, observo la indicación de dos posibilidades. O se ora "en cada Iglesia separadamente y paralelamente" (como lo prefería el abate Couturier. "La ventaja de esta primera fórmula es permitir a la vez una mayor libertad de expresión y subrayar el sufrimiento de la separación" (p. 30). O bien se trata de encuentros comunes en un mismo lugar. Entonces, "toda fórmula o texto de oración que se preste al equívoco acerca de las intenciones a que los protestantes no podrían asociarse deben ser descartadas". Es justo. A los católicos les toca mantener la misma exigencia.

El punto crítico de las relaciones entre las comuniones salidas de la Reforma y la Iglesia católica aparece con una particular evidencia en una conferencia de prensa que el profesor Schlink, observador delegado por el Consejo de las Iglesias evangélicas de Alemania (EKD) tuvo en Roma durante la segunda sesión del Concilio y por la cual fue alabado por su Iglesia. Tratando del esquema **De Ecclesia** presentado a los Padres conciliares, señalaba primero con complacencia todo lo que le parecía un progreso en el primer Concilio Vaticano; pero llegaba enseguida a la afirmación de la Iglesia romana que se dice pura y simplemente la Iglesia, la Iglesia de Dios. Un cristiano separado de la Iglesia romana está sin duda ligado por un voto sincero e íntimo que permite su salvación, pero no es en sentido pleno miembro de la Iglesia y no disfruta de todos los bienes de la Iglesia. La unidad verdadera de los cristianos no será restablecida sino en la unidad de la Iglesia católica romana. **"En estas condiciones, dice en un resumen redactado por él mismo, el ecumenismo católico romano se reduciría a un esfuerzo tendiente a absorber al resto de la cristiandad. Sería evidentemente utópico pensar que la unidad de las Iglesias pueda lograrse de esta manera. Por el contrario, las concepciones del movimiento ecuménico parecen como enteramente distintas: no se trata de la absorción por una Iglesia de los cristianos divididos, sino de una comunión de las Iglesias divididas"**. Sin duda que la palabra absorción no es justa, porque la unidad esencial puede, según la doctrina católica, subsistir con muchas diversidades; pero parece que según esta doctrina la unidad de la Iglesia no puede existir donde persisten divisiones en la fe, donde para hablar claro, una Iglesia niega lo que la otra mira como revelado por Dios.

Del lado del anglicanismo, las dificultades se presentan de manera quizás menos rígida, pero permanecen. He aquí dos casos significativos. El arzobispo de Cantorbery, Dr. Ramsey, que es simpático para con la Iglesia católica y que piensa que la unidad se rehará, no por eso mantiene menos que grandes cambios tienen que producirse antes en esta Iglesia, porque, dice, **"las diferencias en la doctrina son considerables"** (Ver "Unitas", ed. inglesa, 1963, p. 308). El canónigo Pawley, delegado de los dos arzobispos de Cantorbery y de York, muy contento él también con las relaciones fraternales con los católicos, permanece bien alejado de ellos desde que no admite la infabilidad ni del Papa ni de los Concilios ni de la Iglesia (ver B. Pawley, **An anglican view of the Vatican Council**, New York, 1962).

Muchos de nuestros hermanos separados no creen efectivamente posible la restauración de la unidad cristiana y en particular la unión con

la Iglesia católica romana sino cuando ésta haya experimentado cambios sustanciales. La renovación, el "aggiornamento", que realiza el Concilio está lejos de bastarles. Desean y en el fondo de su corazón esperan una interpretación de ciertos dogmas que significarían su abandono. He aquí cómo se ha expresado el arzobispo anglicano de Gales. Dr. Edwin Morris, en septiembre de 1963, ante el cuerpo dirigente de su Iglesia: **"Rechazamos los dogmas característicos de la Iglesia de Roma, es decir, esos dogmas que Roma ha añadido por su propia autoridad a la fe católica, y esto no porque los comprendamos, sino porque verdaderamente nosotros los comprendemos y creemos que son corrupciones. Como no puede comprender que la Iglesia de Gales acepte jamás esos dogmas romanos, debo con gran pena concluir que no hay al presente ninguna esperanza de unión entre nosotros y la Iglesia romana"**. Y en una carta posterior escribía: **"No veo ninguna razón de creer que Roma haya renunciado a ningún título a sus pretensiones dogmáticas. Los cambios hasta ahora en cuestión en el Vaticano II no son cambios dogmáticos"**

(The Churchman, 77 dic. 1963, pág. 226).

Hans Heinrich Harms, antiguo director de la División de Estudios en el Consejo ecuménico, había declarado en Montreal en julio de 1963: **"Pudiera bien suceder, como ha ocurrido con frecuencia en la historia, que este cambio de clima condujera a un cambio de sustancia y de principio"**. Es también el mismo cuidado el que inspira a aquel periodista irritado por la conmemoración del IV centenario del Concilio de Trento, ese Concilio, dice, **"que duró dieciocho años, impuso la justificación por las obras, mantuvo los siete sacramentos, afirmó la trasustanciación, alabó la invocación de los santos y legitimó las indulgencias"**

(Piere Denfer, en *Réforme*, 7 dic. 1963, p. 6). Sería preciso que el Concilio Vaticano II se desolidarizara con el de Trento?

Existen sin duda en las fronteras de la Reforma grupos en los que la confianza en la Iglesia Católica es real y creciente. En Alemania, los amigos del Dr. Asmussen y del párroco Lackmann; en Inglaterra, el ala derecha de los anglocatólicos; en Francia, el movimiento de Taizé, esperan verdaderamente poder un día entenderse con Roma. Muy recientemente M. Leenhart ha publicado en una colección de Taizé una obra donde la tensión que existe entre Roma y los protestantes se presenta como análoga a la que existió entre San Pedro y San Pablo, o también entre Moisés y Abraham. Sería la tensión entre la institución y el espíritu, la que, pensamos nosotros, está apaciguada en la doctrina del Cuerpo Místico, donde se concuerdan jerarquía e interioridad, orden y mística (Ver la encíclica "Mysteci Corporis"). Estas tendencias ciertamente acercan a la Iglesia Romana a quienes las experimentan. Pero no son más todavía que una débil minoría.

Si la unidad de la Iglesia, o mejor, la unidad de los cristianos en una misma fe en el término contemplado por el movimiento ecuménico, es claro que en la hora actual los cristianos separados de Roma, y particularmente los protestantes, no conciben de la misma manera que los católicos la dirección del ecumenismo. Juan Guitton, oyente en el Conci-

lio, lo comprueba así en una página penetrante de su libro **Le Christ écartelé** (París, 1964): "Mientras los cristianos están divididos entre una Iglesia que no puede admitir otra unidad que en ella e Iglesias que acepten unirse entre sí a pesar de las oposiciones dogmáticas, es decir, entre el ideal de la Unidad y el de la Unión, que son en realidad ideales inasimilables y hasta contrarios en ciertos aspectos, debe haber, necesaria, lógica y cristianamente dos ecumenismos y no uno solo... Un ecumenismo único es fatalmente bastardo. Pone en el mismo plano creencias que se oponen, da crédito a la idea falsa de su acuerdo, la idea más falsa aun de que son dos expresiones diferentes de una verdad superior la una a la otra...". Por eso varios hablan de un ecumenismo católico. Otros tratan de guardar la unidad del movimiento, pero distinguen los principios que lo inspiran: enuncian los principios católicos del ecumenismo. El movimiento ecuménico resulta en concreto de un gran número de actividades que frecuentemente se pueden hacer juntos, aunque se esté guiado por principios distintos. En Odesa, se ha hablado "de formas diferentes del ecumenismo".

Es oportuno citar a Odesa aquí, donde se tuvo en febrero pasado una importante reunión del Comité ejecutivo del Consejo ecuménico de las Iglesias y donde se afirmó todavía la voluntad de hacer progresar el movimiento ecuménico hacia su término que es la unidad de todos los cristianos. Señalemos en la declaración final sobre la unidad en su fase actual aquella referencia al Concilio: "**Nos alegramos particularmente de la atención que la Iglesia Católica Romana da al ecumenismo en el curso de los trabajos del II Concilio Vaticano**". Se repite aquí la declaración de Toronto, en 1950, que no pide a ninguna Iglesia-miembro el renunciar a su propia concepción de la Iglesia: "**La adhesión de una Iglesia al Consejo ecuménico no implica que ella considere por eso su concepción de la Iglesia como relativa**". La invitación final que se extendía ciertamente y quizás principalmente a la Iglesia romana hace manifiesto el buen estado de las presentes relaciones del Consejo con esta Iglesia: "**Creemos que las Iglesias y sus congregaciones así como los cristianos tomados individualmente debieran tomar las ocasiones de encuentros personales, de conversaciones abiertas, de oraciones en común y de cooperación en las tareas cristianas con sus hermanos cristianos de todas las confesiones. Invitamos calurosamente a las Iglesias que han quedado fuera de nuestra asociación a examinar cómo pudieran entrar en una comunión de esta clase**". Desde hace mucho tiempo la Iglesia católica ha tomado la ocasión del movimiento ecuménico para multiplicar las buenas relaciones de sus fieles con los cristianos que están separados de ella. Podemos creer que será feliz de adelantar por ese camino.

En resumen, la situación parece presentarse así. De una parte el clima psicológico no ha cesado de mejorar. En Oriente, a pesar de algunas nubes persistentes, se permiten mayores esperanzas y es ciertamente la aurora de la unión la que ha comenzado a apuntar. En Occidente, los contactos fáciles y repetidos, la estima recíproca, el deseo de colaboración, la oración de todos por la unidad, todas esas novedades de nuestro siglo van siempre intensificándose y empujan al acercamiento de las almas. Cada vez más los cristianos toman conciencia de lo que tie-

nen en común y que la diferencia tan fuertemente de un mundo incrédulo o indiferente. La fe en la divinidad de Cristo es un lazo poderoso que el amor común del mismo Cristo hace más estrecho todavía y más dulce.

Es verdad, y lo hemos visto, que protestantes y anglicanos rehúsan todavía con mucha resolución un número más o menos grande de verdades católicas. Pero este hecho, que muestra la dificultad del esfuerzo ecuménico y que contradice a ciertos entusiasmos apresurados y mal ilustrados, no debe desalentar a nadie. Todos sabían que el Concilio no es un concilio de unión. Hay protestantes que admiten que se ha logrado cierto resultado. En el Journal de Geneve, uno de ellos, Bernardo Béguin, escribe: "Si ha habido evolución, aunque insuficiente, es más bien hacia lo mejor. En estas condiciones, nos parece injustificado y peligroso poner el acento en las decepciones del mundo protestante frente a los últimos desarrollos del ecumenismo católico".

Los resultados ya obtenidos autorizan la confianza en un porvenir mejor. Una oración más intensa y más universal, una renovación de vida cristiana producida por el Concilio entre los católicos, un esfuerzo mayor de los teólogos para disipar las oscuridades, la presión constantemente ejercida por la idea de la unidad, que, una vez aparecida, no puede ser descartada, todo esto, suscitado y mantenido por la acción del Espíritu Santo, hará nacer una nueva primavera para la cristiandad. Se verán nuevos efectos de la oración de Cristo por la plena unidad de los que creen en El.

LIBROS RECIBIDOS:

De Editorial Difusión (Sarandí 1067, Buenos Aires), hemos recibido dos obras de su serie catequística:

Cristo Nuestro Salvador, por las Hnas. María de la Cruz y Mary Richard, S. A., trad. del inglés, 110 páginas, 1964. Tercer Grado. Con excelente presentación en negro y verde.

La vida de Cristo en nosotros. Segundo Grado. Guía del Maestro. Por las Hnas. María de la Cruz y Mary Richard, S. A. Trad. del inglés. 178 páginas. 1964.

La Editorial Difusión presenta un curso de religión repartido en cuatro grados: Con Cristo al Padre (I grado), La vida de Cristo en nosotros (II grado), Cristo nuestro Salvador (III grado) y Cristo nos muestra el camino (IV grado). La obra está redactada de acuerdo con las modernas tendencias kerigmáticas y forma una novedad cuanto a la didáctica. Sus autores pertenecen a la Confraternidad de la Doctrina Cristiana de la Arquidiócesis de San Francisco (EE. UU.) y están asesorados por el R. P. John Foudy, el R. P. John F. Scalon, R. P. Juan Hofinger, S. J. y Hna. Mary Esther. Cada grado tiene el libro del alumno y el manual correspondiente del maestro.

REVISTAS

Acusamos grato recibo de los dos primeros números de la revista **Catequesis al día**, boletín nacional de la Confraternidad de la Doctrina Cristiana en Colombia. Se publica en Medellín, Secretariado Catequístico Arquidiocesano, Calle 57 (La Paz) N° 49-44, bajo la dirección del R. P. Marcos L. Testa, S.S.P. La suscripción importa \$ 1.50 US por año. Lleva la alta dirección de la V. Comisión Episcopal de Catequesis, de la que es Presidente S. E. Mons. José G. Calderón, obispo de Cartago (Colombia).

LIBROS

Bernardo Bravo, S. J., MEDITACIONES BIBLICO-LITURGICAS

17 x 12 cm., 979 páginas, Sal Terrae, 1964, Santander.

Hasta la página 659, se nos presenta una serie de meditaciones que van corriendo según los tiempos principales del año litúrgico (Adviento, Navidad y Epifanía, Cuaresma, Resurrección, Pentecostés, Después de Pentecostés) y que glosan los evangelios correspondientes. Viene luego una parte dedicada a temas generales (Para orar y vivir en el espíritu de Jesús, p. 659-839) y por último una sección para las fiestas de los santos (p. 845-945). La obra, que comienza con el índice analítico, termina con el de materias principales tratadas.

Nos encontramos ciertamente ante un libro de suma apreciación y utilidad para sacerdotes y fieles. Sus consideraciones son breves: a ca-

da meditación o tema oracional, se dedica un total de cerca de cuatro páginas, repartidas en tres puntos o capítulos. No hay palabrería vana: todo está pensado, meditado y sentido con honda sinceridad y expresado con fino sentido espiritual, dentro de un lenguaje flúido, castizo y aun elegante. El estilo es delicado y a la vez firme. Llama la atención la cuidadosa exactitud empleada. Por ejemplo, nos habla del sordo y **tartamudo** (p. 601), en vez del "mudo" que se emplea corrientemente al despreciar un matiz apreciable del texto sagrado; se comenta la parábola del siervo **despiadado** (p. 641) y la del hijo del **cortesano** (p. 637), en vez del común "régulo".

Las meditaciones están verdaderamente penetradas de sentido bíblico y litúrgico, como promete el título. Ver, por ejemplo, la acertada consideración que hace en la p. 739 a propósito de la mentalidad israelítica en Job o la reflexión tan atinada sobre la "nueva justicia" (p. 751) que trae Cristo. Abundan los finos toques espirituales: "No es fácil rezar el Padrenuestro con la sinceridad total de un hijo que se abandona filialmente en las manos de su padre, como no es fácil realizar plenamente en la vida la voluntad de Dios: al fin y al cabo no se pueden disociar oración y vida, y la oración no hace sino reflejar las dificultades que encontramos en la vida..." (p. 815). Bellísima la consideración dada a "María Madre de la Iglesia" (p. 449). Pero no terminaríamos enumerando las perlas de este precioso libro, que ojalá se difunda amplísimamente entre cuantos quieren acercarse a Dios hondamente por la oración.

Para las nuevas ediciones, que sin duda vendrán pronto, desearíamos un índice litúrgico que nos diera expresamente los evangelios y temas según el curso del ciclo eclesiástico: ello facilitaría mucho la consulta rápida.

G.A.J.

Jean Laloup (trad. cast.), LA CIENCIA Y LO HUMANO

20 x 12 cm., 375 páginas, Barcelona, 1964, Editorial Herder.

Esta obra se lee con un interés extraordinario desde el principio hasta el fin. En primer lugar, por su mismo contenido, que es singularmente apasionante. En la primera parte, hace un breve pero jugoso esquema histórico de las ciencias: la lenta y progresiva adquisición de nuestros actuales conocimientos acerca de la física, la biología, la química... Desde los babilonios y los griegos, a través de la edad media, llegamos a los grandes investigadores y sabios que son orgullo y promesa ulterior de nuestra visión de la naturaleza. Se señalan con precisión y brevedad los momentos capitales de esta conquista del mundo. La segunda parte, esboza lo que llama una "filosofía de las ciencias" (dando a la expresión el sentido más amplio; estudia el valor de la ciencia, la confrontación de valores, la ciencia y el humanismo, la ciencia y la religión... Citemos aquel párrafo excelente de la p. 296: "¿Qué sucede en la mayor parte de los casos? El hombre de ciencia, viendo, que, como es evidente, no descubre el alma al abrir el cuerpo con el bisturí o al examinar los tejidos con el microscopio, deduce (como hombre, no como hombre de ciencia), que el alma no existe. Al pensar de este modo, se sale de los límites de la ciencia y muy inconscientemente hace filosofía. Sin embargo, cree que

sigue trabajando como científico y a veces compromete su autoridad en una filosofía que pretende estar basada en la observación científica". "Además, necesitaría estar seguro de las "bases científicas".

De especial significación nos parece todo el capítulo (p. 312 ss.) en que trata de la ciencia y la religión: hay que leerlo y meditarlo. El autor expresa, como católico ilustrado y convencido, las grandes y fundamentales tesis acerca de la relación entre ambos aspectos de la vida humana. Porque el objeto esencial de su libro es lograr que los hombres aprecien la ciencia y que los científicos no olviden al hombre, en un verdadero y actual humanismo. Son muy acertadas las consideraciones acerca del "puente" que Teilhard de Chardin ha querido establecer entre la ciencia y la filosofía. Pero en realidad no acabaríamos de citar páginas notables. Lo mejor es leer sosegadamente este libro, que nos parece simplemente admirable.

Y, en segundo lugar, no podemos despreciar el arte magistral, lleno de orden, de luz, de interés, con que Laloup va tocando los diversos temas, absorbiendo la atención del lector. Nos devuelve plenamente la confianza, que acaso vacilaba en algunos, sobre la perennidad del verdadero humanismo. El hombre se conoce a sí mismo progresivamente, va poco a poco conociendo también la naturaleza y sus leyes, y todo ello ha de ser en beneficio racional y espiritual del mismo hombre. No podríamos aceptar una ciencia deshumanizada, que en resumidas cuentas, sería tan falsa como las ingenuas concepciones primitivas del cosmos, de cuya superación nos gloriamos quizá infantilmente si no sabemos integrarla en el marco de la perenne cultura, cuyo centro somos, y de los valores superiores del alma humana.

G.A.J.